



ESTRATEGIAS DE SUBVERSIÓN: DESOCIDENTALIZANDO LOS PRESUPUESTOS DEL “SABER”

Miguel A. V. Ferreira

Universidad Complutense de Madrid

Sobre los presupuestos

Focos singulares de “organismos” perniciosos, sean éstos productos de la economía financiera o bien de la dinámica biológica: se trata, en cualquier caso, de patologías, desviaciones, efectos perversos y no deseados, que escapan al control de los mecanismos de regulación dispuestos al efecto. Son, en esencia, lo mismo.

¿Cómo se concibe una crisis económica cuyo desencadenante pasa por ser simplemente un hecho “natural” de la propia lógica de la economía tal cual viene funcionando, y debe seguir haciéndolo, según los dictámenes ortodoxos? Como una enfermedad. Natural y simplemente como el efecto de la desviación de un habitual funcionamiento de ese organismo autogestionado, perfecto e intachable que es la economía capitalista.

¿Cómo se debe concebir un virus biológico? Exactamente de la misma manera pero a la inversa. De la misma manera: es una desviación de los mecanismos de regulación estipulados al respecto (una transgresión de las fronteras policiales de la salud); a la inversa: obedece a causas estrictamente “naturales”, pues es, al fin y al cabo, un “bicho” (no el conjunto de unas prácticas de especulación económica llevadas a cabo por personas interesadas en el acto), que nada tienen que ver con mecanismos perfectamente predefinidos para que su funcionamiento sea el adecuado y no otro cualquiera.

Sea lo uno o lo otro, el efecto es el análogo: políticas de disciplinamiento. En un caso; disciplinemos las conciencias para que asuman la inevitabilidad de lo que el mecanismo, por su patología, ha provocado. El mecanismo funciona bien, esencial y constitutivamente, pero, lamentablemente, se ha detectado una deficiencia. ¿Qué hacer? Contribuir, colectiva y solidariamente a la rectificación de la falla. Todos somos responsables, pues todos somos partícipes (luego todos, a su vez, en última instancia, de un modo otro, querámoslo ver así o no, beneficiarios), todos hemos de contribuir con nuestra cuota de renuncias para subsanar el problema. En el otro; aparentemente más complejo, pero sólo porque surge de un ámbito menos trabajado, en la política, por esa misma lógica (aunque de hecho es la que la regula igual de efectiva y eficazmente): todos somos,

igualmente, responsables, en la medida en la que, tratándose de un ámbito que no ha sido prediseñado (creemos) para funcionar de determinada manera, ciertos estándares, en cualquier caso, han sido afectados; y esos estándares son de naturaleza universal y deben ser preservados bajo cualquier condición. Luego, detectada la patología, igual que en el caso anterior, hay que asumir la cuota de responsabilidad inevitable que nos concierne. La idea es la misma: un control por parte de los poderes vigentes potestados para tal función.

Todo se resume en un dictamen: control de fronteras. No hay más (ni menos).

Lo digo de otra manera: da igual que el “accidente” provenga de una de las esferas más perfectamente reguladas, en intención, de la lógica global en la que estamos inscritos, o de otra que aparentemente está sujeta a los azares de lo no pronosticable: sean perversiones financieras o mutaciones genéticas, la actitud es, debe ser, siempre la misma: un ejercicio sistemático sobre la conciencia colectiva para asumir la cuota de culpa que se ha de repartir.

De ahí llegamos a los “presupuestos”. Para ello, la pregunta de partida es inmediata: ¿en qué mundo vivimos? Es decir, ¿cuál es la lógica constitutiva que marca el discurrir de nuestra existencia cotidiana? ¿en base a qué asignamos sentido a lo que hacemos, queremos y deseamos?

En otra clave, la pregunta sería: ¿sabemos quiénes somos y, en consecuencia, qué hacemos, por qué y para qué? No. No se trata de especulaciones retóricas, se trata de la duda radical que suscitan ciertas dinámicas que cobran tal entidad en sus dimensiones que no cabe sino reflexionar, a partir de ellas, más allá de las mismas. Se trata de indagar, desde la presunción del “síntoma” (Freud*) qué hay más allá de lo evidente.

Y eso es lo problemático: no estamos acostumbrados; es decir, nos han acostumbrado a no estarlo...

Lo evidente: sea una gripe o una crisis económica, pareciera que lo que acontece últimamente en el planeta ha dejado de tener carácter “local”; que todo transita por las fronteras políticas tradicionales sin capacidad de control político al respecto, de que hay un proceso creciente de interpenetración. Se torna crecientemente eficiente el “efecto mariposa”. Lo cual no es “natural”, sino que viene propiciado por el tipo de mundo que vamos construyendo. Ahora bien ¿construimos todos ese mundo crecientemente interdependiente o más bien hay ciertos intereses prioritarios con mucha más capacidad de maniobra que otros? La sospecha me indica que lo segundo es más probable... nos han acostumbrado. Entonces, lo evidente ya no lo es tanto.

Los presupuestos de la globalidad son estricta y rigurosamente económicos; pero no en abstracto: son los presupuestos del actual neo-liberalismo capitalista que regula los flujos de capitales que, a su vez, regulan la economía planetaria. Los presupuestos son, entonces, los de un exacerbado individualismo egoísta cuyo único y obcecado, persistente, tenaz, objetivo es el del incremento incesante del beneficio propio... a costa de quien y de lo que sea. Se trata, por lo tanto, de un presupuesto que, sustentando lo económico, es en realidad ideológico. Todos somos víctimas del mismo; pero sólo unos pocos obtienen el fruto deseado, el incremento efectivo de tal beneficio.

Dado el presupuesto, la lectura se invierte, puede ser invertida: la crisis económica es una infección vírica biológica, natural; la pandemia de la gripe es en realidad una patología económica, no un “bicho”. La inversión es evidente por el sentido que se nos impone, en un caso masiva y sistemáticamente, en el otro a pesar de la voluntad que pretende asignarlo, de las realidades que indican ambos sucesos planetarios. La Economía es el flujo sanguíneo planetario que hace que todo funcione, perfectamente engranado, sincronizado, con los efectos y consecuencias calculados por los expertos diseñadores de la criatura; la economía es la “naturaleza” ineludible de nuestra existencia actual, es la inevitable condición de posibilidad de nuestra subsistencia; si “enferma”, nuestra subsistencia, nuestra vida, se ve amenazada, pues no podemos subsistir, vivir, sin el principio activo de lo económico; se ha convertido en el primero y más indispensable de nuestros instintos prima-

rios¹: he ahí el virus de la crisis económica, el que hace que todos, solidariamente, consumamos las recetas que se nos indican para su curación... y que no protestemos... va en ello nuestra vida. ¿Y qué decir de la gripe? Lo que no se ha dicho y es, por evidente, inconfesable: ¿cuántos beneficios económicos habrá reportado a las industrias farmacéuticas la artificial promoción de una terrible pandemia cuyas víctimas mortales, al final, nadie conoce? Ese motor planetario, global, parece a fecha actual imparable; ciertos poderes instituidos, sacralizados, ya no pueden hacer cálculos que no abarquen al conjunto de la población del planeta... sólo pueden pensar “en global” (siempre, claro está, insuflados por el presupuesto fundamental: la persecución del incremento constante del beneficio individual).

Una pandemia ficticia se ha hecho real por los intereses económicos que han encontrado en su promoción una “interesante” fuente de negocio; una muy real crisis financiera se ha transmutado en un ficticio virus biológico que a todos nos amenaza por los intereses económicos que han encontrado en su invención una “interesante” forma de preservar, a nuestra costa, su negocio. ¿Quién pierde en ambos casos? La gente ¿quién gana en ambos casos?... adivinen la respuesta.

Resumiendo: los presupuestos son los de un régimen de funcionamiento global de un sistema económico capitalista radicalizado en sus pretensiones. Ahora toca, como decíamos, ir más allá.

Sobre las alternativas

Aquí hemos de ser cautos; las alternativas a tales eventos son escasas... si es que las hubiere. Resituando la cuestión, hemos de marcar una diferencia fundamental entre los “objetos” primarios de nuestra atención: la pandemia de la gripe ha sido un hecho transitorio que finalmente se ha agotado a sí mismo en sus efectos deseados (quizá fue fruto de un iluminismo desmedido que pronto cobró conciencia de su desmesura); la crisis económica es más grave, menos transitoria, más fundamental... más imprevisible: marca una grieta, una fisura creciente, en las certezas, económicas, que han ido gestando ésta nuestra existencia planetaria. ¿Recuerdan aquella famosa otra crisis, no planetaria, del 29, de origen harto similar a la actual? Banqueros e inversores se suicidaban lanzándose impotentes desde las ventanas de sus fastuosas oficinas; conscientes, quizá, del irreversible “pecado” en el que habían incurrido. Todavía tenían algún residuo de conciencia. Hoy no hay suicidios masivos de los culpables... sobre eso habría que reflexionar seriamente... hoy los culpables somos los que no tenemos la más mínima idea de los mecanismos que han propiciado la crisis. Con el agravante de que los que sí tienen idea están, de hecho, a fecha actual, sumidos en una ignorancia exactamente igual; pero su impotencia, lejos de arrojarlos cruentamente por la ventana del despacho, los impulsa a fomentar un solidarismo planetario en el que las cargas efectivas de las consecuencias sean asumidas por nosotros, no por ellos; no entienden, pero no están dispuestos a dejar de ser quienes son, porque... ¿qué les quedaría entonces aparte del suicidio? Nada. Pero se extinguieron los residuos de conciencia... porque lo que nos alimenta a todos es ese organismo vivificante de la economía, ¿qué podría haber más allá de él que diera sentido a nuestra existencia?.

La alternativa, a fecha actual, no puede ser “revolucionaria”. Seamos serios: se extinguieron los “sujetos colectivos” portadores de potencias transformadoras: Sr. Karl Marx, su intento fue encomiable, magnífico, pero los efectos del mismo fueron catastróficos, contribuyeron a confirmar la ficción de que la única realidad económica viable era la de este capitalismo al que seguimos servilmente aferrados (pues nos ofrecieron una alternativa bastante “siniestra”). Y lo más terrible de esta “renuncia” es que hoy probablemente tenga más vi-

¹ Los indigentes de Buenos Aires que recorren al anochecer sus calles revolviendo en la basura calzan deportivas Nike y utilizan móviles i-phone: ya no sobreviven alimentándose, lo hacen consumiendo bienes de ostentación, privilegios económicos que, por no corresponderles, alimentan su existencia y les dan vida.

gencia que nunca el dictamen de que “las condiciones materiales de existencia determinan la conciencia”; el problema viene del otro lado: nos han desposeído de una capacidad de conciencia autónoma; la misma viene limitada por nuestros recursos económicos, pero la oferta, para cualquiera, se restringe a perspectivas que ya no están en condiciones de cuestionar la validez de lo efectivamente existente. Es duro asumir esto; pero es realista y, entiendo, productivo.

La capacidad de reflexionar, crítica o consensualistamente, siempre ha sido potestad histórica de las clases privilegiadas; el ejercicio “culto” del pensamiento, por tanto, ha sido consecuencia directa de los privilegios otorgados por el orden social de pertenencia del sujeto pensante. Los llamados a luchar contra la injusticia que los ha hecho ser sustento y víctima de los dominantes, precisamente por las condiciones efectivas que los situaban en esa condición, no podían asumir autonomía alguna en cuanto a sus capacidades de reflexión. De lo que deduzco una hipótesis altamente improbable: sólo cuando los privilegiados vayan más allá de sus propias capacidades, cuando su obcecación llegue a tal grado que ya no sepan calibrar instrumentalmente los efectos de sus actos, sólo entonces se generarán las condiciones “objetivas” para una transformación significativa del mundo en el que vivimos.

De lo cual resulta, tentativamente, un indicio de alternativa posible (aunque, reitero, altamente improbable): necesitamos que esta crisis no llegue jamás a su fin. Necesitamos el hundimiento definitivo, irreversible, de los presupuestos de esta radicalizada economía neo-liberal capitalista global. Necesitamos, finalmente, que se cumpla aquel pronóstico de que el sistema de producción capitalista engendra en su propio seno las condiciones de su propia destrucción. Más aún, necesitamos que Marx estuviese equivocado: que no sea necesaria una movilización política que de, a esa dinámica autodestructiva, el “empujoncito” definitivo. Necesitamos, pues, una “utopía”.

Llegados a este punto, conviene hilar fino, muy fino, y hacer cálculos contrafácticos (rendir culto incondicional a nuestra condición poética, pero siempre desde una conciencia relativamente calculadora; es decir, combinar lo que nos hace irreductibles a las imposiciones con aquello que nos sujeta a ellas; reunificar lo que se quiere que esté disociado... pensar, pero con el sentimiento de que sirve para algo): la alternativa pasa por una docilidad incondicional tan insospechablemente sumisa que llegue a agotarse a si misma por efecto de sus consecuencias. Si lo quieren, acabo de plantear un presupuesto antropológico que habría de alcanzar la condición de fundamento epistemológico. Es decir: hagamos de nuestro actuar, directa e indisociablemente, si podemos, pensamiento. Esto implica poner nuestro deseo por encima de toda condicionalidad; o dicho de otro modo, indica que las categorías sobre las que viene trabajando la modernidad, haciendo de nuestra humanidad espacio operativo de disecciones analíticas, deben ser guardadas firmemente bajo llave. Hagamos de nuestra sumisión, cual la condena de Sísifo según la expresa Camus, la condición de nuestra liberación. Seamos tan improbablemente felices, en esta destrucción de las condiciones efectivas de toda felicidad posible, que la contradicción impulse, contra toda previsión, cálculo, hipótesis, análisis, descripción, lo impensable. De lo impensable, por serlo, surgirá la alternativa de un pensamiento efectivo; es decir, humano (precario, incierto, infundamentable, inexacto, irracional, sentido, deseable, bello, imperfecto, dubitativo, sexual, pretencioso, erróneo, animal, finito,...).

Esa es la intuición de una “alternativa”: la alternativa somos todos/as.

Sobre las acciones

Las acciones no me pertenecen: las acciones se derivan de la acumulación de potencialidades colectivas que se puedan conjugar. No hay programa, no hay decálogo, no hay pronóstico... las acciones deben surgir de una necesidad vital insatisfecha que busca vías de canalización. Las acciones, lo realmente importante, son vuestras: ¿qué queréis hacer? Algo habrá que os “pida el cuerpo”.

En este espacio ínfimo de “desahogo” os pido ayuda: ¡hagamos algo!

Es decir: queda abierta una propuesta. Intersticios propondrá “acciones”, las vuestras. Hagamos un conjunto colectivo de propuestas de acción desde la insatisfacción indigerible de que no queremos seguir siendo lo que somos, lo que nos hacen ser... porque nuestras vísceras nos lo piden. Principio fundacional: vale todo (incluidas obscenidades... hasta cierto punto...).

Intersticios recogerá vuestras propuestas en: alternativa@intersticios.es. Seguro que de ello resulta un principio activo de inconformismo (no hay que estar de acuerdo, sólo querer estar, colectivamente).

En fin; no se ha resuelto nada. De eso se trataba...